



PARROQUIA BEATA MARÍA DE ESÚS AÑO DE LA FE

Para vivir el Año de la Fe (Circular núm. 5, febrero 2013)

Mes de febrero. Mes, en el que en el presente Año de la fe comienza la cuaresma, tiempo fuerte de preparación para celebrar el Misterio Pascual con auténtico espíritu cristiano. Con toda su vida, especialmente, con su pasión, muerte y resurrección, Jesús llevó a cabo la salvación de todos los hombres. Esto es, en definitiva, lo que recordamos, celebramos y actualizamos al celebrar el Misterio Pascual en la Semana Santa. Para profundizar y vivir ese Misterio es para lo que nos preparamos en la cuaresma, tiempo santo para los que hemos admitido a Cristo en nuestras vidas.

Es verdad que tenemos que creer el hecho de que Jesucristo nos trajo la salvación de una vez por todas. Él hizo todo lo que tenía que hacer para que la humanidad entera quedara liberada de todo pecado y de la muerte eterna. Pero esto es sólo una cara de la “moneda de la salvación”. La otra cara, también necesaria, es lo que nosotros debemos hacer. Condición indispensable es, además, que nosotros hagamos nuestra esa salvación. Y ¿cuál es el modo de actuar para que se dé la segunda cara de la “moneda de la salvación, es decir, para hacer nuestra la salvación? La respuesta nos la dio Jesús con toda claridad cuando comenzó su vida pública: *convertíos y creed el Evangelio*.

La fe es requisito esencial para alcanzar la salvación. En varias de las curaciones que realizó el Señor, el común denominador en todas ellas, el requisito indispensable para que el enfermo fuera curado, era que tuviera fe. Siempre se despedía de la persona curada con estas palabras: *vete, tu fe te ha salvado*. Lo mismo ocurre con nosotros. La primera condición para que recibamos la salvación de Jesucristo es que tengamos fe. En el Año de la fe, hemos de pedir frecuentemente al Señor como los apóstoles: *aumentanos la fe*. Y la fe tiene dos facetas inseparable: creer en Dios y creer a Dios es la primera; la segunda es confiar del todo en Él, lo cual implica un abandono incondicional en las manos de Dios.

Para hacer nuestra la salvación que Cristo nos trajo, no basta, sin embargo, con creer y confiar en Dios. Se requiere, además, que el creyente esté en actitud permanente de conversión, más intensamente, si es posible, en la cuaresma del Año de la fe. *Convertirse significa cambiar de dirección en el camino de la vida: pero no para un pequeño ajuste, sino con una verdadera y total inversión de la marcha. Conversión es ir contracorriente, donde la “corriente” es el estilo de vida superficial, incoherente e ilusorio, que a menudo nos arrastra, nos domina y nos hace esclavos del mal o en todo caso prisioneros de la mediocridad moral. Con la conversión, en cambio, se apunta a la medida alta de la vida cristiana, se nos confía al Evangelio vivo y personal, que es Cristo Jesús. Así hablaba un obispo en una homilía.*

Aspirar a una medida alta de nuestra vida cristiana ha de ser el objetivo a conseguir, en este tiempo de gracia, que es la cuaresma. Para que tal propósito general se convierta en realidad, al menos en parte, habremos de concretar bien unos cuantos compromisos cuaresmales que, con la gracia de Dios y una lucha ascética personal y constante, intentemos sacar adelante. Entre ellos –no lo olvidemos- una buena confesión.